

La radio y él ya son casi sinónimos. Lleva 34 años al frente de un micrófono diciendo: «*Buenos días, España*». Su programa, «*Protagonistas*», de Punto Radio, ha cumplido 10.000 ediciones y va a por más. A los 70 años, repasa su vida de la mano de su amigo y competidor Carlos Herrera.



Luis no recuerda, seguramente, la primera vez que estuvimos frente a frente; es imposible que lo haga. Entonces tenía yo 13 años, vivía en Barcelona y ya me gustaba mucho la radio. En aquella época, él hacía «*La nueva frontera*», un programa que constaba de media hora realizada en la calle y de otra media en el estudio. Luis preguntaba a la gente qué canción quería escuchar y la ponía.

Ya entonces era uno de los pioneros en llevar público a sus emisiones, algo que aprendí de él: al ver las caras de los oyentes, sé si estoy siendo o no ameno. En aquel estudio grande de Radio Nacional, Luis tenía cinco filas de asientos. Un día, por primera vez, también yo ocupé uno de ellos. Y volví muchas veces: me gustaba verlo a él y a Miguel Ángel Ballester, aquel montador excepcional; era un espectáculo observarlos en faena. Y tomaba notas; lo hago desde muy joven: apunto cuanto veo y escucho, y conseguí hacer muchas de las cosas que hice por haber observado cómo las realizaron antes aquellos grandes de la radio, gente para ponerse de rodillas, con la que Luis trabajó incluso en algunas etapas: **Joaquín Soler Serrano, Federico Gallo, Manuel Soriano**, muchos más... Luis es hoy el único nexo con todos ellos. Años más tarde, sí se produjo nuestro primer encuentro «*oficial*», que él ya recuerda. Fue en Radio Mataró, y yo me examinaba para una oposición en la emisora. Me encontré a un tío tan largo como yo, a un guaperas, del que me impresionó su voz –recuerda ahora, y confiesa–. «*Este cabrón, pensé, de dónde ha sacado esa voz, y cómo lee y cómo lo cuenta y cómo se explica.*» Al acabar, con su laconismo norteño, me dijo: «*Muy bien, Carlos*». Yo repuse: «*¿Le ha gustado?*». Y él, seria y secamente, dijo: «*Sí*». Palabra por palabra. En adelante, nuestra relación ha sido de un exquisito respeto y equilibrio. Conmigo, Luis ha sido siempre como un hermano mayor: me ha enseñado, me ha ayudado, me ha tenido a su lado, me ha protegido, me ha querido... Nos tenemos una lealtad recíproca absoluta. Ahora ha cumplido diez mil mañanas al frente de *Protagonistas*, que, como alguien dijo, es más que un programa de radio: es la universidad del pueblo.

Carlos Herrera. Luis, quizá los lectores crean que este encuentro entre competidores de mañana y de cadena es más excepcional o infrecuente de lo que realmente es. Y la verdad es que tú y yo solemos coincidir como ahora, sentándonos a hablar un rato de radio y de viejos tiempos, en muchas ferias y festejos, en fiestas de...

Luis del Olmo. ... y cuando a alguien se le ocurre, como ahora, saber qué piensan un viejo león de la radio y un alevín que acaba de salir de la facultad tratando de comerse el mundo...

C.H. Oye, que el alevín va cumpliendo ya 50 años... [Reímos]

L.O. Ya, ya...

C.H. Ahora, lo que no varía, siempre que nos encontramos, es la polémica: saber quién se va a retirar antes. Y yo sostengo que seré yo. De hecho, estoy convencido de que mi hija, que aún tiene 13 años, hará las prácticas de Periodismo en tu programa.

L.O. No, no... Hay un síntoma que marcará mi retiro: cuando yo no pueda subir de dos en dos los escalones que me llevan al portal de mi casa, en la cuarta planta, ese día habrá sonado el gong... Pero estoy hecho un pibe y dejo el ascensor para los demás. Yo aún subo como un vértigo hasta la cuarta planta y no pienso en la retirada. Y mientras la maquinaria me funcione y esto me guste como me gusta la radio, no voy a poner el punto final. Sí acaso lo hagan, no lo sé, mis queridos jefes...

C.H. Mira, cuando comenzaste a aficionarte al golf, yo estaba convencido de que lo dejarías todo por el deporte [Luis sonríe]. Como no tenías aficiones ajenas al medio, se te achacaba siempre que lo que te gustaba de verdad, tu auténtica afición, era la radio. Entonces, cuando comenzaste a jugar al golf, dije: «Se acabó: éste, en cuatro días, está en la playa, jugando al hoyo, y al resto, adiós».

L.O. Yo estoy, y continúo en parte, muy entusiasmado con el golf, pero como no he podido hacer la competencia a Seve Ballesteros, todo eso me ha decepcionado demasiado. Yo exijo al golf, pero el golf me exige que le dedique tres o cuatro horas diarias, y eso es imposible. Así que me quedaré con las ganas, al menos unos años, porque, cuando cumpla los 80, este deporte me permitirá continuar paseando, siquiera con un carrito...

C.H. Pero, vamos, Luis. Me pones en el deber de dar un dato para que la gente entienda lo fatiga que eres, porque eres un fatiga... En los años 70 y primeros de los 80, tú hacías Protagonistas toda la mañana, te ibas a comer, y luego hacías otro programa de dos o tres horas por la tarde en Radio Peninsular. Salías a las seis de la tarde después de haber estado todo el día rajando... Y luego, los fines de semana, recuérdalo, te ibas hacer aquel de Doce a doce, que iba desde las doce de la noche del sábado a las doce del mediodía del domingo, en el que de repente hacías la hora del taxista, el orquestal, el no sé cuántos... Yo creo que la mitad de las cosas las tenías grabadas y te ibas a la Rambla. [Reímos]

L.O. No, no, pero cuenta... Cuenta que todo eso me sirvió para que alguien se fijara en aquel chico de Ponferrada que venía con alguna posibilidad, pero al que nadie hacía caso.

C.H. Pero si tú ya eras una estrella cuando hacías todo aquello...

L.O. Qué coño iba a ser yo una estrella entonces... Yo necesitaba que alguien se fijara en mí, hasta que un buen día Jorge Arandes, gran amigo de los dos, dijo: «Este chico promete» y me ofreció hacer aquel programa que José Ferrer abandonaba y que aún se llama Protagonistas. Lo que hay que contar también es que, cuando comienzo al frente de la Cadena COPE, cuando ésta nace, en 1983, lo hago con la seguridad de que detrás de mí, hay un segundo fuera de serie que se llama Carlos Herrera. Recuerdas lo que pasó [asiento]: al segundo día de hacer Protagonistas allí, me dio un ataque de piedra en el riñón y el segundo «Buenos días, España» que di en la COPE –tras nueve años de haberlos dado en Radio Nacional– yo me siento morir. Y te vi, recuerdo, tras el cristal y te dije: «Carlos, por favor, hazte cargo del programa porque me muero».

C.H. Me acordaré toda la vida. Estabas apoyado con las manos en la mesa, doblado, y diciéndome: «Te tienes que quedar aquí, por favor, que yo me estoy muriendo, literalmente». Entonces, Antonio Rúa, el super-Antonio, con quien yo ya tenía amistad, me dijo: «Que te quedes; quédate». Contaré más: estuviste tres días fuera y, como has sido siempre muy generoso –la gente lo sabe bien–, me preguntaste al regresar qué me debía. «De qué me estás hablando –te dije yo–. De pagarme, nada». «Bueno –dijiste–, te haré un regalo». A la semana siguiente viniste con una cajita, y pensé que era un detallito... Te lo agradecí, me fui y lo abrí en el ascensor: joder, con aquello... Era un gran, gran reloj, de una marca significada, que conservo y que no saco jamás de casa porque es para mí algo muy importante, de mucho valor personal.

L.O. Pero no estuve ausente tres días, sino, por lo menos, 15.

C.H. Nooo... [Luis disiente] Que no, que no, que no...

L.O. Sí. Yo estuve 15 días muy jodido; casi me operan. Como sea, mi confianza en ti era total. Y aquello era una aventura, ¿eh? Yo debía empezar desde Barcelona, sin emisora en Madrid, porque la COPE no tuvo una emisora en la capital hasta diez meses después de mi llegada. Tenía, sí, una FM tan corta y tan mala que no se oía prácticamente de barrio a barrio. Y cuando yo venía a Madrid, muchos me preguntaban: «¿Por qué te has retirado? ¿A qué te dedicas? ¿Qué haces?». Y yo decía: «Es que estoy gritando; lo que pasa es que no me oís en Madrid». Estuvimos nueve meses sin sonido en la capital.

C.H. Ah, no me acordaba de esto...

L.O. Sí, yo firmé un contrato en el que había una cláusula en la que la COPE se comprometía a tener antes de nueve meses una emisora de 50 kilovatios en onda media; nadie hablaba entonces de la frecuencia modulada, que era a aquella época lo que hoy a la nuestra la radio digital; algo muy lejano...

C.H. Hablando de eso, ¿nos va a pillar a ti y a mí la radio digital?

L.O. No, porque para que la radio digital funcione –pese a que es ya materialmente posible hacerlo–, el Gobierno debe levantar el banderín, decir «*Adelante*» y que una fábrica de coches incluya el aparato en sus vehículos. Sólo entonces ocurrirá lo que con la frecuencia modulada: en cuatro días estará extendida. ¿Pero qué pasa? ¿A quién no le interesa la radio digital? Sin duda, a la Cadena SER, que circula en un Maserati mientras los demás, en un Seat 600. Con la radio digital todos partiríamos técnicamente con las mismas posibilidades.

C.H. Una frecuencia única para todos que llega a todas partes.

L.O. Y la influencia de la SER en el Gobierno ya es sabida. Siempre que veo al presidente se lo reclamo: «*Qué pasa con la radio digital*». Y él: «*No te preocupes, Luis. Estamos en ello*». Si el presidente quiere, en cuatro meses la tenemos en España. Si es que está funcionando... Las cadenas emiten cosas en soporte digital; lo que pasa es que no hay aparatos ni posibilidades de que la gente acceda a ella.

C.H. Y, al margen de esto, la radio ahora goza de buena salud...

L.O. ¿La radio goza de buena salud?

C.H. De buena salud...

L.O. Hemos perdido prestigio por culpa de algún compañero, pero, sí [medita]: goza de buena salud... Tan buena incluso que transmiten cinco cadenas desde cinco poderosas empresas.

C.H. Además, lo nuestro no es equiparable en el mundo.

L.O. No, no. En ningún sitio hay tantas radios por kilómetro cuadrado como en España. Seguro.

C.H. Lo que a mí me mosquea un poco es la gente que se va del medio y pasa a estar cabreada con él. Tengo que hablar de eso con Iñaki [Gabilondo], porque lo veo muy cabreado con la radio.

L.O. Pero Iñaki tiene razón: hemos perdido credibilidad. En todas las encuestas, hasta hace sólo cuatro años, la radio aparecía como el medio más creíble, y hoy estamos en el cuarto lugar. Eso, de algún modo, hay que solucionarlo. No hemos sido, precisamente, los que estamos aquí sentados los culpables.

C.H. Ahora, tú siempre has sido, perdóname que te lo diga, un tipo que se ha llevado muy bien con la profesión; la has toreado con arte y has abierto tu capa y, en ella, ha cabido todo tipo de personas. Me sorprende por eso tu aversión de hoy ante determinados tipos de radio. Nunca te había visto cabrearte con nadie.

Dabas algún leñazo, pero siempre has sido muy solidario con...

L.O. No. No es una aversión contra un tipo de radio; es contra un determinado señor con nombre y apellidos: Federico Jiménez Losantos. E intento colocarlo en su sitio, que no es el de la gloria, cuando despotrica contra mi empresa, contra mis compañeros y cuando invita a sus oyentes a que suspendan la suscripción a ABC o a cualquier otro medio. Eso es pura mafia. Y alguien tiene que denunciarlo. Y como en este país somos medios lelos y no nos atrevemos a contar las verdades al lucero del alba, pues a mí no me duelen prendas y digo que este señor no es mi compañero, que le está haciendo un flaco favor a la radio y que pasará a la historia negra del medio.

C.H. Pero, Luis, yo creo que, al final, la gente con talento tiene que acabar entendiéndose un poco...

L.O. ...

C.H. Federico tiene talento...

L.O. [A regañadientes] Tiene talento...

C.H. Estoy convencido de que hay un punto en el centro del camino en el que podéis encontraros a solventar vuestras diferencias.

L.O. No mientras él haga la radio que hace. Así es imposible que nos encontremos ni que ese punto que mencionas exista.

C.H. Pero él hace una radio buena, combativa, brillante a veces...

L.O. No, perdona... Es una radio sucia. No es combativa: es amarga y enturbia lo que hemos hecho durante décadas los profesionales de la radio. Es una radio que cabrea al personal, que separa y no hace nada en favor de que la sociedad española esté más unida y, aun en las diferencias, avance junta. Ahí estoy en desacuerdo contigo. Y esta crispación generalizada, lo sabes bien, la encuentras ya en la gente con sólo abrir los micrófonos y sacarlos al aire...

C.H. Claro que hay gente muy cabreada, gente que ya lleva años cabreada, y también hay profesionales del cabreo...

L.O. Y no estamos haciendo nada para evitar ese cabreo, ¿eh? Al contrario, lo estamos potenciando. O lo potencia este determinado ciudadano...

C.H. Ya. Yo puedo disentir con un 70 por ciento de las cosas que dice. Ahora, hay un algo espectacular en la combatividad, en su creencia, que yo tengo tendencia a considerar. Existe. Es su pelea, y deja grandes huecos para que nosotros hagamos la nuestra. No tiene nada que ver lo que él dice con lo que decimos tú, Iñaki, yo...

L.O. No, no. Si huecos y oportunidades tenemos todos. No es ésa la discusión, sino el que si la radio, además de informar, puede y debe formar en algunas cosas, debe hacerlo de un modo limpio, honesto y democrático.

C.H. Y cuando dices que no estamos haciendo nada para evitar ese cabreo, ¿te refieres también a que tendríamos que revisar quizá hasta qué punto deberíamos cubrir cada día lo que no son anuncios políticos claros –que se publican en el BOE– ni denuncias –que se presentan en un juzgado–, sino sólo rajadas de unos de un partido a los otros del otro?

L.O. No. Lo que sí lamento es que acudamos a las ruedas de prensa que convocan los etarras batasunos. Vamos como idiotas y me pone malo ver los micrófonos y los indicativos de todas las cadenas, incluyendo la mía. Si nos pusiéramos de acuerdo, podríamos decir: «*Cuando los batasunos convoquen una rueda de prensa que vayan a verlos sus padres*».

C.H. Es que, claro, el periodismo legitima las cosas. Si tú entrevistas a Josu Ternera, lo legitimas. Ése es el problema. Y cuando vas a una rueda de prensa de filoasesinos, los estás legitimando.

L.O. Sí, y hace unos días tuve que aclarar eso a un alumno de Periodismo. Me habían preguntado a quién no entrevistaría jamás. Y le respondí: «*A un etarra asesino*». Y este estudiante dijo: «*Pero usted entrevistó a Jon Idígoras*». Y le expliqué que no: Idígoras entró en antena cuando abrimos el micrófono a los vascos que desearan condenar el asesinato del ingeniero José María Ryan. Y él entonces se coló, me puso verde y, cuando quise hablarle, colgó. Despotriqué contra él y, desde entonces, al igual que tú, circulo por el mundo con guardaespaldas.

C.H. Sí, claro. Y acaban formando parte de tu paisaje porque en cuanto te conviertes en el abominable hombre de las nueve –el que sale todos los días a esa hora de casa– estás en peligro.

L.O. En mi caso fue el abominable hombre de las siete de la mañana, la hora en la que fueron a buscarme hasta en ocho ocasiones hasta que en una de ellas se encontraron con Miguel Ángel Gervilla, aquel ilustre guardia urbano que murió porque no encontraron a Luis del Olmo, sino a él.

C.H. Luis, otro tema caliente: ¿a qué hora te levantas? Yo, a las cuatro y media porque, antes de irme, hago un poquito de deporte.

L.O. [Riéndose] El canalla dice que se levanta a las cuatro y media... Quien se levanta a las cinco soy yo... Qué te vas a levantar tú a esa hora. Ya me gustaría ver eso...

C.H. Yo me levanto antes que tú, seguro. Hago un poquito de gimnasia, y a las cinco ya estoy sentado en mi mesa. [Luis ríe] Porque hay que preparar un programa, joder... A las seis intervengo.

L.O. Querido Carlos: un respeto a los lectores del XLSemanal, por favor... [Reímos]

C.H. Vamos a ver: para hablar a las seis, ¿a qué hora te levantas?

L.O. A las cinco; te he dicho que a las cinco...

C.H. Pues ya ves. Yo, un poquito antes, no mucho más. [Luis sigue riendo] Tendré que hacer lo mismo que tú, ¿no? Como sea, media hora más, media hora menos, pertenecemos a una especie de secta, la de los que se levantan pronto, aunque no somos muchos, ¿eh?

L.O. A mí, el que me ponía negro era Iñaki porque él sí que se levantaba a las cuatro...

C.H. Y yo también, joder. ¿Pero por qué no me crees? ¿Por qué le crees a Iñaki y no a mí? ¿Qué tiene Iñaki que yo no tenga?

L.O. No, porque tú eres más señorito que Iñaki.

C.H. No, hombre, no, por Dios... Qué va. Iñaki es un señorito vasco, que es lo peor que se puede ser.

L.O. Y tú, un señorito andaluz hecho en Barcelona, y alguien así no se levanta a las cuatro... Iñaki, en cambio, sí. Yo le decía: «*Hombre, no nos acostumbres mal: las cuatro no es una hora decente. Al menos, no lo digas*.» Eso sí: duermo una siesta y no la perdono, porque no sé acostarme antes de las doce o, a veces, de la una. Para mí, la siesta es fundamental. ¿Para ti no?

C.H. No. Jamás. Me acuesto muy pronto: a las diez de la noche.

L.O. Con el calor de Sevilla, anda que no haces una siesta...

C.H. Que no. Si la hago, ya no me acuesto luego a las diez...

L.O. Oye, Carlos. Voy a ponerte un espía para contarle a los lectores de XL Semanal tus andanzas...

C.H. Mira, Luis, vamos a ir acabando, que te tienes que levantar a las cinco. ¿Has tenido unos buenos últimos 35 años?

L.O. Yo me he divertido mucho... He hecho lo que he querido... Y no es que me lo hayan puesto en bandeja de plata...

C.H. Y si volvieses a empezar, ¿qué no harías?

L.O. Creo que nada de lo que no he hecho. Repetiría exactamente las andanzas en Radio Nacional, con los tirones de oreja y las sanciones y las llamadas del director general para preguntarme por qué he dicho esto o aquello. Porque en el fin del franquismo, todo lo que tú contaras debías programarlo y esperar a que te lo aprobaran. Entonces, cuando te llegaba a ti una noticia, se había enfriado. Tenías que esquivar a tus jefes, engañarlos, para contar lo que los oyentes querían saber.

C.H. ¿Y notas una mayor madurez en tus `protagonistas`?

L.O. Desde luego. Son en general más maduros, están voluntariamente más formados y muchas veces te informan a ti.

C.H. Lo dicho, Luis: vamos dejando, que tú a las cinco...

L.O. Oye, Carlos. No acabes antes por mí, ¿eh?, que tú estás sufriendo y mañana madrugas [ríe], incluso antes que yo...

C.H. Mira, lo creas o no, yo me levanto a las cuatro para correr... ¿O tú te crees que este cuerpo es cualquier cosa? ¿Es casualidad?

L.O. Muy bien, Carlos. Has vuelto a hacerlo muy bien...

EL SEMANAL